

PRIMER CONTACTO CON LA SOMBRA

No para todos los hombres es la infancia el alba sonriente de la vida. Para algunos, es la antesala del dolor. La frialdad del hogar, la hostilidad del ambiente, la ausencia de solicitud y de cariño, ensombrecen la adolescencia y la juventud, deforman el carácter, agotando las energías, enmohecendo las armas más que bien pronto han de necesitarse para el duro combate de la vida.

Para nosotros, para mi hermano y para mí, fue la niñez el dorado amanecer de la existencia, y siempre la recordamos con nostálgica melancolía. Apenas si nos dábamos cuenta del vuelo alevoso del tiempo. Nuestros padres trabajaban para nosotros, cuidaban de nosotros. Ninguna responsabilidad. Jugábamos con fervor, con entusiasmo. Fundamos teatros, en los que, remedando a los *grandes*, a los aficionados que *actuaban* en las sociedades rivales «El Liceo» y «La Tertulia», *poníamos* las obras del repertorio romántico de aquellos días. *El sueño de un malvado*, *Flor de un día*, *Espina de una flor...* Celebrábamos certámenes, siguiendo el ejemplo de los *intelectuales* de entonces, que tenían la bondad de calentarse los cascos, disertando en «El Porvenir» o en «El Liceo», acerca de Don Alvaro de Luna, del rey Don Pedro (¿debe de ser llamado el cruel o el justiciero?), o de la política de Felipe II...

Y estudiábamos. Primero, en la encantadora *amiga* de las niñas de Mesa en la que aprendió a leer un tal Beninito, que más tarde habría de asombrar al mundo con un raudal de libros maravillosos. Y luego en nuestro amado colegio de San Agustín, en el que tanto y tan bien se estudiaba, gracias a nuestros queridos profesores don Fernando Inglott, don Laureano de Armas, don Andrés Navarro, don Pablo Padilla, don Clemente Figueras... bajo

la dirección del venerable don Diego Mesa de León, educador, maestro y guía de tantas generaciones.

Un día, de improviso, despertando del sueño apacible de la infancia, tuvimos el «primer contacto con la sombra». Trataré de contarlo.

Con frecuencia, reunía mi padre a sus amigos en un gabinete, en la planta alta de esta misma casa en que vivo. Asistían a estas tertulias, entre otros cuyo recuerdo ha borrado el paso de los años, don Emiliano y don Amaranito Martínez de Escobar, íntimos de mi padre; don Francisco Doreste de los Ríos, entonces Relator de esta Audiencia y que había de morir siendo Presidente de la de Cebú, en Filipinas, excelente violinista *amateur*; don Domiciano Siliuto, y a veces, don Anselmo Arenas y don Ramón Puig, profesores nuestros. Se discutía (el tema más candente era el de la capitalidad de la provincia), «se hacía música», se contaban anécdotas y chistes, casi siempre del remoto pasado isleño, se leían los versos escatológicos de Fray Esparragón, entre enormes risas.

Pues bien, en la mañana siguiente a una de aquellas veladas, subió mi padre de su despacho, pálido y demudado, y nos dijo que en la misma hora en que él y sus amigos reían descuidadamente, agonizaba una pobre mujer no lejos de nosotros, en la calle de los Canónigos.

Era que en la noche anterior habían matado a la criada del abogado don Laureano Hernández. Hallándose éste ausente, los malhechores, disfrazados y probablemente ebrios, entraron para robar, en la vieja casa, que aún existe. No encontraron dinero, pero temerosos de que la pobre mujer los delatase, la sacrificaron salvajemente.

Fueron descubiertos, creo que al siguiente día. Eran tres: Pereyra, «el Indiano», el inductor, el que concibió la idea del crimen y la forma de ejecutarlo; Ramón Massó, hijo de una buena familia catalana, que tenía un establecimiento de ultramarinos y una fábrica de chocolate en una casa de la calle del Cano, hoy de los herederos de don Antonio Gómez Navarro, y un pobre diablo apellidado La Rosa (el Talabartero), procedente de Tenerife.

El proceso, instruido con arreglo al procedimiento es-

crito, herencia de los tiempos medioevales, duró largo tiempo. Al fin se dictó sentencia, que fue la de muerte para los tres procesados.

El público esperaba el día de la ejecución con nerviosismo impaciente, con una suerte de ansiedad morbosa en la que el terror se fundía con la curiosidad, algo que pudiéramos denominar «la novelaría de la catástrofe».

Nosotros, mi hermano y yo, participábamos confusamente de ese sentimiento malsano. «Queríamos ver». Conocíamos, como todo el pueblo, al que había de actuar como primer actor en la tragedia: el verdugo. Entonces había uno en cada Audiencia territorial. El «nuestro» era un peninsular de mediana edad, la cara rojiza enteramente rasurada, vestido de hilo crudo en todas las estaciones, calzado con alpargatas. Disfrutaba de un sueldo mensual de treinta duros y de vivienda gratuita en una de las accesorias del «Palacio» de justicia, antes convento de San Agustín. Y... ¿lo creerán ustedes? Hubo una mujer que, sin estar ligada con aquel «funcionario» por vínculo alguno, legal ni familiar, vivía con él maritalmente. Todo el mundo la llamaba Antofilla «la Verduga».

Llegó al fin el día terrible. La pena resultaba extraordinariamente agravada por la negra agonía de la Capilla, por el viaje interminable de los reos, llevados en lentos carros desde la cárcel de entonces, un caserón viejo, sucio y triste situado en la calle del Colegio, junto al seminario, hasta la plaza de la Feria donde nosotros y otros chicos del Colegio habíamos visto levantar el patíbulo, un tablado de tosca madera, del cual arrancaban los tres maderos, como dedos rígidos señalando al cielo...

Las campanas de la catedral iniciaron el toque angustioso de las rogativas. Los condenados salían de la cárcel. Mi hermano me tomó del brazo. Salimos furtivamente y doblando la esquina de la calle de la Gloria, llegamos corriendo a la casa en que vivía una tía de mi padre, casa que aún existe, decrepita y oscilante, en la terminación de la calle del Colegio, cerca de San Agustín.

Miramos hacia arriba y, de improviso, todo pareció transformarse ante nosotros. No reconocíamos la calle silenciosa y tranquila del apacible barrio de Vegueta, ni las casas, ni las gentes. Todo parecía flotar en una claridad

lívica y siniestra como la de un relámpago que prolongara su fulgor.

Y teníamos la singular impresión de «haber visto ya aquello», en un país ignoto, en una ciudad de ensueño, en un momento impreciso de la duración perdido en la lejanía formidable del tiempo.

...El cortejo desfilaba ya bajo la ventana, en la que nosotros permanecíamos, clavados por el terror. Los carros que marchaban con oscilante pesadez, los reos vestidos de máscara, con hropa y birrete negros, la barba oscura en el rostro descarnado, intensamente amarillo, como esculpido en cera, los ojos vagos, desasidos ya del pensamiento y de la vida, los cuerpos derrumbados sobre el sacerdote que les acompañaba. Y junto a los tres carros y detrás de ellos, una turba confusa, con gesticulaciones y actitudes de pesadilla, de la que brotaban sin cesar clamoreo de rezos, broncas vociferaciones de hombres y el alarido estridente de las mujeres que corrían entre la muchedumbre como dementes, arrastrando la blanca mantilla, invocando a la Virgen, con los brazos en alto.

Al fin pasó. Cuando ya el rodar de los carros sonaba en la calle de San Agustín, los dos hermanos salimos corriendo, doblamos la esquina de la calle de la Gloria, gritando, sollozando, contagiados por el frenesí de la multitud.

* * *

Así fue nuestro «primer contacto con la sombra».

Porque todos empezamos a vivir serenos, tranquilos, sonrientes, confiados en la aparente solidez y benevolencia de los hombres y de las cosas que nos rodean, hasta que nos llega un día en que descubrimos el *reverso* siniestro, áspero y malvado de los hombres y de las cosas, el egoísmo, la venganza, la barbarie, la injusticia y la muerte.

«La véritable humanité n'est pas encore», ha dicho Fabre. La sociedad, más atenta a la venganza que a la justicia, desatiende el clamor que incesantemente elevan hacia la altura los desheredados y los tristes: «¡dimitte, Domine, debita nostral»

Aún hay gentes sin alma que defiendan la horrible pena, pueblos que se tienen por ultra civilizados que la conservan en sus Códigos: la soga, la guillotina, el fusila-

miento por la espalda y hasta la electricidad, diosa potente y magnífica, mensajera de la luz, del calor y del pensamiento, ha sido rebajada a la condición villana de verdugo, para matar con ella científicamente.

Divagan en la sombra, marchan irrevocablemente hacia la ruina y la muerte, los pueblos que vuelven la espalda a la justicia, a la solidaridad y al amor.

AGUSTÍN MILLARES CUBAS